

Páginas sobre España y América de Joaquín Edwards Bello

(Selección y notas de Alfonso Calderón)

Siempre vio el cronista los libros en batallones, alineados como las huestes en las proximidades del campo de batalla. En fichas, unas veces ordenadas, rigurosas, precisas, y en ocasiones escritas de prisa sobre invitaciones ya caducas a un banquete o a una conferencia o a un vino de honor, iban quedando señas y pistas destinadas a ubicar algún acontecimiento, a dejar constancia de un dato que se toma de un libro. El archivo —como dijo muchas veces— era su obra maestra, el cayado en el cual se apoyaba sin desmayos para tomar el camino elegido.

El tema de España aparece constantemente en sus sobres y carpetas y en las conversaciones que tuvimos con él, entre 1965 y 1968, y en las reflexiones de aniversario o en alguna crónica específica. No le era difícil tomar vuelo. Si se trataba de Colón, venían las inquietudes: ¿converso, corsario, judío, negrero, genovés, español? ¿Las joyas de la Reina fueron parte de un mito o de la verdad? ¿Cuánto valían? ¿Se invirtió una suma desproporcionada o ridícula en la empresa del navegante? ¿Qué comían en el barco? ¿En dónde se hallaban las referencias que tuvo Colón para errar de tal manera la ruta?

¿Hay un desprecio de corte hegeliano —se pregunta más de una vez— en la visión de la Conquista de América? Si el tema era el de los conquistadores, creía un deber fundamental aventar los mitos. ¿Tenían o no “don”? Si

eran muchos de ellos extremeños, ¿agregaban la injuria de la miseria sobre la codicia? ¿Cómo se vestían? ¿Eran acaso caballeros a la flamenca, o más bien, tras el cruce del desierto, vestían con harapos, despojos de indios muertos y pellejos de perros o pieles de ovejas?

¿De qué vivía Chile cuando recién era un reino de fantasía? ¿Cómo se sostenía económicamente este Flandes Indiano? ¿Los curas eran batalladores como aquel del *Poema del Cid*? ¿Qué ocurría con estos hombres sin mujeres? No había tema que le desinteresase, y entre los que me parecen espléndidamente tratados se halla el del mito araucanista. ¿Puede ser un poema épico el documento mayor de una historia? Así como Valdivia “inventó” las riquezas del reino, con el fin de atraer hombres dispuestos a luchar por ellas, ¿no fue, también, un mitógrafo de Chile?

Más tarde, adelantando en el tiempo, quiere probar lo que fue la mala prensa para San Bruno y los Talaveras, la suciedad del Santiago colonial, la necesidad de evitar la nostalgia del pasado citadino (del mismo modo en que Sebastián Salazar Bondy no le escurre el bulto a un célebre mito limeño, el de la nostalgia virreinal como evasión). Pone en la balanza las leyendas blancas y negras de ese período que va desde 1520, en el sur austral, hasta 1817. No deja asunto sin examinar, con la curiosidad de una ardilla, sin permitirse abandonar el peso de las anécdotas o el fulgor de las leyendas.

En el conjunto de crónicas —algunas de ellas inéditas— y en los fragmentos de conversaciones sobre el tema, que procede de mis notas y diarios, siempre estuvo atento a las relaciones entre España y América. A veces toca a rebato, se alarma, enmienda la plana a un historiador que torea a la verdad; y hay oportunidades en las que elogia, sin remilgos, un punto de vista novedoso, alguna heterodoxia. Leer a Joaquín Edwards Bello me parece una alegría para siempre, un modo de deleite que permite meditar en estos tiempos de halcón más que de lechuza, para emplear las palabras del padre Mariana. Veamos...

ORIGEN DE CRISTOBAL COLON

Cada siglo que pasa pide versiones nuevas de los genios universales, y los lectores tienen el derecho de adaptar a sus gustos las que mejores les parecen. El Cristóbal Colón de Madariaga es diferente de los otros. Desde luego, le hace aparecer como un marrano, de origen español, esto es, judío converso, descendiente de cierta familia judía que huyó de Cataluña a Italia en 1390

para escapar a los rigores de la Inquisición. Esta misma teoría, con variantes, fue comunicada a *Le Temps* de París, en octubre de 1938, por el erudito judío Ben Ezra, y comentada en el mismo diario, en 9 de octubre de 1938, por Jacques Boulenger. Madariaga es hombre de talento y de asombrosa capacidad para el trabajo. Como el filósofo Santayana, es un español que escribe a veces en inglés, con innumerables lectores ingleses y norteamericanos. Claro es que después de leer docenas de libros y de crónicas atingentes a Colón, uno se reserva el derecho de escoger. Más que Madariaga, que Ben Ezra y André, en este punto del origen o raza de Colón, me convencen los escritores como Tulio Cestero, que tomaron el camino más natural, más recto y corto: el de la nacionalidad italiana o genovesa del héroe. Para mí, Colón es un italiano del Renacimiento. No se trata de proemitismo ni de antisemitismo. Los judíos y los árabes fueron excelentes astrónomos, geógrafos y navegantes, pero carecían de una seducción, de un arte y una audacia insuperables que solamente los italianos de entonces poseían. Soy ignorante para alternar con sabios dedicados a materias tan complicadas, pero hay algo por encima de libros que me señala en el genovés Colón una chispa divina y esencial, una marca de fábrica celestial que no podrían mostrar los que no provengan directamente de Grecia y de Roma. En mi imaginación se hace una mezcla bárbara si se quiere, esto es, no clásica, de valores italianos diversos y eternos de entre el 1300 al 1500, y les encuentro parentesco de fascinación grecolatina con el marino y aventurero genovés. Estos genios diversos, cuya mixtura podrá poner risa en algunos, son Marco Polo, Toscanelli, Cellini, Caboto y, más tarde, Cagliostro y Casanova. Por lo que leí creo que Colón era, además de cuanto sabemos, un hombre arrogante, de irresistible simpatía, infatigable conversador, ingenioso, dotado de la mirada poderosa de los hipnotizadores, y, además, por encima de todo, de una audacia y una ambición que estuvieron a punto de perderle en diversas ocasiones. La hazaña de Colón, como el Renacimiento italiano, descende del mundo clásico grecolatino. Es una hazaña que pudo describir y adornar Homero.

Los partidarios del Colón judío, que yo conozco, son el francés Marius André, el judío Ben Ezra y el gallego Madariaga. No importa esto. Colón es un italiano y la gloria de la aventura es española, por cuanto sin el desprendimiento, la fe, la simpatía y el deseo de hazaña de los españoles yo no estaría escribiendo en español ni esta América sería española. España dio la gente y los medios al genio. La Madre España dio sus hijos al iluminado genovés, y los barcos, fabricados con encinas de sus bosques. Desde entonces, un torrente de sangre española se ha vertido en América. La novela de Colón, la verdadera, sin las vestiduras de la fantasía ni las invenciones

adecuadas para cuentos infantiles y compendios para escuelas, es dramática. Aparte de la obsesión de Madariaga en lo del judaísmo de Colón, muy periodístico y algo yanqui, su libro tiene una magia caballeresca de poesía y de novela, sin escatimar los detalles desagradables y contrarios, como aquel de quedarse con la recompensa que debió recibir Rodrigo de Triana por haber sido el primero que vio tierra. Hubo no pocos impulsos de avaro en Colón. Ningún grande hombre tiene el genio parejo. Ningún santo fue santo perenne. Nadie es siempre el mismo. Cristóbal Colón sufrió tremendas caídas, cometió errores, inició negociados funestos y desobedeció las leyes de caridad para con los indígenas. Según Marius André, lo mismo pudo descubrir un mundo fabuloso como morir en la horca.

J.E.B.

La Nación, 12 de octubre de 1951.

LOS CONQUISTADORES Y LOS REYES DE ESPAÑA

El origen de los conquistadores es oscuro y humilde. Superaron con sus proezas a los soldados españoles de su tiempo. Sus hechos asombraron y continúan asombrando a los investigadores que se interesan en ellos. La Conquista es, según Lumnis, "la más grandiosa, la más larga y sorprendente hazaña de la historia".

No sé si a dichos héroes, de origen plebeyo, les hubiera agradado que los historiadores les agregaran *dones* y *des* a sus nombres.

Valdivia sentía natural repulsión por la gente titulada de España. Pizarro, analfabeto como Almagro, no supo que, casi un siglo después de su muerte, uno de sus descendientes sería convertido en marqués.

El origen de los conquistadores es oscuro, y laudable es nuestro propósito de ennoblecerlos agregando, desde luego, un *de* entre nombres y apellido, además del *don*. "Don Quijote *endonó* a la maritornes de Tolosa y a las mozas del partido", dice Rodríguez Marín. No es raro que nuestros quijotescos historiadores hayan *endonado* a las concubinas de los conquistadores. Ercilla encantó a una de éstas con nombre de Libros de Caballería. Me refiero a la tercera y última concubina de Valdivia, Juana Jiménez, a quien adornó el cantor de *La Araucana* con el nombre de doña Mencía de los Nidos. Estas

transformaciones nobiliarias echaron raíces en nuestras tierras. Asombrábase de ello Santa Teresa. En carta de Sevilla, en 29 de abril de 1576, dijo: "Cuanto a lo de *done*s, todos los que tienen vasallos de Indias se lo llaman allá, que es vergüenza".

Extremadura, la región de donde se desgajaron los conquistadores, es la más atrasada de España. Don Mariano José de Larra, el inconmensurable cronista, viajó por dicha tierra en diligencia, allá por 1834, y nos dio un cuadro inolvidable del país cuyos habitantes son llamados vulgarmente *choriceros*. Otros les llamaban *corsarios*. Es seguro que así como los vio Larra fueron los antepasados de nuestro pueblo. Larra pasó por cierta parte del camino, entre Mérida y Badajoz, donde hay unas hondonadas llamadas *El Confesionario*. En dicho terreno los bandoleros *confesaban* a los aterrados pasajeros. Los siniestros Cerrillos de Teno, en Chile, son descendientes del *Confesionario* extremeño.

Sigo con mi asunto. Es seguro que ningún rey de España tuvo tratos personales con los conquistadores o contratistas en el Nuevo Mundo. Ni les oyeron ni leyeron sus cartas. Es seguro que don Felipe II no conversó con Ercilla, ni antes que viniera a estas Indias, ni después, cuando el soldado poeta se estableció en Madrid. El rey don Felipe II no leyó *La Araucana*.

Ercilla era un vasco nacido en Madrid. Los vascos eran solicitados para el servicio de los nobles y de los ricos. Eran famosos como "mozos de espuelas". En dicha condición acompañaron alguna vez a los reyes en sus viajes compuestos con numerosos carruajes y gente montada.

Respecto de la dedicatoria de *La Araucana* al monarca, dice Medina: "¿Cómo recibió esta dedicatoria el monarca español? ¿Leyó la obra, o siquiera la dedicatoria? Es probable que ni una ni otra cosa".

Poco antes de su muerte escribió Ercilla, refiriéndose a su pluma: *Siempre ha dado en seco y en vacío...*

En asuntos atingentes a los nuevos dominios ultramarinos se ocupaba el Consejo de Indias. Después de leer los voluminosos tomos del doctor Marañón, titulados *Antonio Pérez*, comprendemos mejor la indiferencia de los monarcas españoles hacia los asuntos de estas tierras.

Mitos, mitos y mitos.

Cuando don Pedro González de Mendoza conoció el nuevo Estatuto hecho en Guipúzcoa, en que impedía que fueran allá "a morar o a casar", desde otras partes de España, exclamó: *¿No es de reír que todos, o los más enbían acá sus fijos que nos sirvan de mozos d'espuelas y que agora no quieran ser consuegros...?*

La carta de don Pedro de Valdivia, la del pie del Santa Lucía, ni la escribió Valdivia ni la leyó don Carlos V. Fue escrita por el "secretario de

cartas". Según don Germán Riesco, junior, la calefacción en los antiguos inviernos consistía en leer la carta de don Pedro de Valdivia; donde dice que en Chile nunca hace frío.

¡Cómo se pondría de orondo Valdivia si pudiera mirar a la tierra en este 12 de octubre de 1958 para presenciar la caravana que le resucita vestido con utilería de teatro, en primer actor joven, cerca de la linda Inés Suárez! La caravana del fundador en las calles de Santiago es la realidad transformada en cuento de hadas. La realidad de los soldados sucios, prietos de sol y de lodo, andrajosos, seguidos por indios en miserables filas.

La historia más graciosa de la indiferencia de los reyes respecto de los americanos es la que contó el indio peruano González Lobo. Llegó a España a fines de 1679, esperanzado en ver al monarca. Después de tres años, mediante aventuras de novela picaresca, por entre laberintos de pasos, de pasadizos y de escaleras, después de sufrir innumerables plantones, conoció a otro que aguardaba como él, un aspirante a jardinero de palacio. Ambos recorrieron cada día el dédalo de pasillos y de antesalas. Le remitieron a casa de la baronesa Berlips, conocida por el apodo de *La Perdiz*. Todo el patio de la casa era antesala. "El poder de los magnates se medía por el número de postulantes que aguardaban en sus puertas". Finalmente doña Antoñita Núñez, enana de la cámara del rey, se apiadó de él. Sólo quería besar los pies del monarca. Regaló a la enana un cintillo. La enana le llevó de la mano, por escalones, antesalas y retorcidas filas de palaciegos y guardias, hasta una puerta enorme y doble. Por fin. Estaba en presencia del soberano más poderoso de la tierra. Don Carlos II de España, hijo de Felipe IV y de doña Mariana de Austria. El indio González Lobo describió al soberano español como sigue:

"Su Majestad estaba sentado en un grandísimo trono, sobre un estrado, y apoyaba los pies en un cojín de seda color tabaco, puesto encima de un escabel. A su lado reposaba un perrillo blanco. El encaje de Malinas que adornaba el pecho del rey estaba humedecido por las babas que fluían de sus labios. Todo él despedía un fuerte hedor a orines. Sus piernas eran increíblemente flacas. La enana Antoñita se le acercó al oído y le habló algo. Su Majestad me miró, pero en ese instante saltó un mono y distrajo su Real atención" (*El Hechizado*, por Francisco Ayala).

En *La Historia de los Agustinos en Chile* leí lo que contó, en su estilo imponderable, el obispo Villarroel, de su viaje en España. Dijo que los deseos de los criollos de inclinarse ante los reyes expiran en los umbrales del palacio real. Vitupera el celo de los ministros para alejar a los criollos del rey de España.

El marqués de Viana, palaciego, íntimo servidor y amigo del último rey, se jactaba de no querer conocer hispanoamericanos. Entre la verdadera nobleza madrileña la presencia de criollos rebajaba el nivel de distinción de las fiestas.

He dejado para el fin el asombroso caso de Hernán Cortés. Pobre, solo y olvidado, hallándose en la corte sin poder ver al emperador Carlos V, le aguardó a que saliera y se colgó del estribo de su coche. Fue alejado por los guardias, mientras el emperador, asombrado, preguntaba:

—¿Quién sois?

Cortés respondió:

—Soy el hombre que os ha ganado más provincias que ciudades os legaran vuestros padres y abuelos. Soy Hernán Cortés.

J.E.B.

La Nación, octubre de 1958.

ESTATUAS DE CONQUISTADORES Y OTRAS

Sufrimos invariablemente la desgracia de desear el cambio de todo cuanto nos rodea. Lo óptimo nos cansa y termina por fastidiarnos. Deseamos estrenos. Ortega y Gasset dijo que vivimos celebrando estrenos. Como niños malcriados, despanzurramos el juguete para ver lo que trae dentro. Total: destrozamos sin ton ni son. A veces dichos destrozos son iniciados mediante decretos de las autoridades competentes. Recordemos la destrucción oficial del magnífico edificio histórico —el mejor de todos los monumentos coloniales—, el puente de Cal y Canto, 1779-1888. Con todo el progreso material de ahora, con las enormes grúas y palas mecánicas, con hierro y cemento, podemos levantar buenos edificios, pero nunca lograremos repetir otro puente parecido a aquel que dio señorío al escuálido Mapocho.

Ahora, nuestro afán de cambio y de estreno se condensó en los monumentos de Baquedano y en el de los cocodrilos de la Plaza de Armas. El argumento para derrocar y poner otro en el lugar de este último consiste en la necesidad repetida: "En Chile no hay cocodrilos".

En Londres, el tonto nacional diría: "Hay que cambiar el escudo británico, por cuanto en Inglaterra no hay unicornios". En Venecia, diría

con tamaña boca abierta: "Es preciso quitar los leones alados. En Venecia no hay leones".

El monumento raro, amenazado de muerte, me gusta. El monumento viejo de la Plaza de Armas es como un amigo evocador, muy distante. Era yo niño cuando hice la pregunta que han dirigido a sus padres ciento de niños: "¿Qué significa?". Es un monumento patinado por miles de días de sol, de neblina o de lluvia. Es un pedazo de la Plaza nuestra, y, por lo tanto, es nuestro, de nuestra sorprendente aventura que es la vida. Además de eso, tiene misterio.

¿Por qué han de quitarlo? ¡Ah, sí! Quieren poner en su lugar una estatua de don Pedro de Valdivia. Hay ya una estatua del ilustre fundador en la piedra heroica, en el Cerro de Santa Lucía. Se trata de una estatua fantástica, como todas las estatuas y los retratos que se hagan de un hombre que nunca vimos. En efecto, nadie podría decirnos cómo era y cómo vestía el conquistador extremeño. Ponerle gorguera en el cuello, como han hecho hasta ahora todos sus retratistas, es un absurdo. La gorguera, cuello de lienzo, plegado y alechugado, era un adorno caro y difícil, para lechuguinos perezosos de la corte. Mediten los pintores y los escultores. Durante la conquista no hubo almidón ni lavanderas de fino. En el asombroso ensayo de Germán Arciniegas sobre la *Vida del Conquistador Jiménez de Quesada*, leí lo siguiente: "Los conquistadores que ya saben de América abandonan los cascos de hierro y las cotas de malla. Visten armaduras de algodón. Parecen payasos o enormes figuras de relleno. Se adaptan al nuevo clima y la nueva guerra. Toman un aire mixto de nuevos indios".

Han pasado más de cuatrocientos años. En Cali levantaron un monumento al fundador don Sebastián de Belalcázar. El escultor español Victorio Macho hizo la estatua con apostura marcial, pecho levantado... y cabeza de Ramón y Cajal, Premio Nobel de Medicina.

Nadie podría afirmar que el conquistador Belalcázar era o no parecido a don Santiago Ramón y Cajal.

El Pedro de Valdivia del pintor Ignacio Zuloaga se parece a otro Premio Nobel, de España, a Juan Ramón Jiménez.

De don Pedro de Valdivia, del verdadero, sabemos poco. Desde luego, nunca obtuvo despacho del rey para poder llevar el título de don. En esto y en lo del retrato se topa con Cervantes. Ni fue don ni hay de él retrato auténtico. El ilustre cervantófilo Rodríguez Marín negó la autenticidad del seudorretrato de Cervantes atribuido al pintor J. Jáuregui, en 1600. En dicha fecha el pintor tenía diecisiete años, y no había empezado. El académico Pérez de Guzmán acompañó a Rodríguez Marín en la negación.

¿Cómo eran los conquistadores?

Un episodio, contado en la prosa agradabilísima de Ventura García Calderón, nos alumbra. Don Pedro de Alvarado viajó a la corte y regresó a Nueva España casado y con deseos de casar a sus compañeros de aventuras. "Nietzsche ha dicho que la mujer está destinada al reposo del guerrero".

Don Pedro ha llevado a Nueva España unas lindas españolitas, amigas de su mujer. Serán presentadas a los conquistadores. En una vasta sala esperan las posibles esposas a los conquistadores. Las lindas mocitas observan de hito en hito a sus pretendientes. De pronto, una de ellas, con mezcla de risa y de espanto en su cara, prorrumpe con estas crudelísimas palabras:

—¿Con estos viejos podridos habíamos de casar? Doilos al diablo. Parece que escapan del infierno, según están estropeados, unos cojos y otros mancos, unos sin orejas y tuertos, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada, una, dos y más veces.

Lo dicho. Es difícil hacer retratos o estatuas de celebridades anteriores a la ciencia fotográfica.

La estatua ecuestre de O'Higgins por el francés Carrier Belleuse es una adaptación del mariscal Ney a la historia chilena. De Waterloo a Rancagua. La estatua de Carrera es una adaptación del general prusiano Blücher, por el escultor alemán Christian Rauch.

El colega don Luis A. Baeza me ha escrito unas líneas muy actuales respecto de la transformación de plazas con mudanzas de estatuas. Dice que el gasto subiría de 300 millones. Mejor estaría gastar dinero en obras más útiles, a saber: terminar el Matadero de Lo Valledor, transformar la Plaza Almagro, empezar el Metro, construir una nueva Casa de Correos, remozar el edificio de la Ilustre Municipalidad.

J.E.B.

Agosto de 1961

ROPAS DE LOS CONQUISTADORES

En la *Explicación de América en el Siglo xvii*, por Germán Arciniegas, encontré diversos motivos de entretenimiento, de meditación y nutrición mental. Dice Arciniegas: "Le he oído a don José Ortega y Gasset exponer la tesis de que la Independencia de América empezó en la época de la Conquista. El ha estudiado las modificaciones que el idioma fue sufriendo en el momento mismo en que se redactaron las primeras crónicas".

En efecto, esas modificaciones en el español trasplantado provenían de la euforia de América, o aura americana. Así hemos llamado en diversas ocasiones a la naturaleza novísima que infundió el vergel del Mundo Nuevo en los invasores.

“En realidad —comenta Arciniegas—, el español que se fuga de la Península, que sienta en América el pie para hacer vida nueva, es un español que se emancipa”.

Pero no tan sólo se emancipa el español que pone el pie en América para quedarse y explorar. Parece que América hubiera esperado a los españoles o presentido su esencia para entregárseles, dejándoles al mismo tiempo prendados y arraigados en ella. Así, vamos a las pruebas: en 1861 el general Prim fue lanzado, mediante la Santa Alianza, a la conquista de México. Pues bien: al poco tiempo el general español se compenetró de las razones mexicanas, las alabó y se volvió a España para dar parte a la corte de sus decisiones americanistas. En Argentina ocurrió igual cosa al general Pinzón, cuyo encargo consistía en “bajar el moño a las repúblicas emancipadas de España” y, en cierto modo, devolverlas a la corona.

En la nota que Pinzón mandó a España, después de su entrevista con Mitre, manifestó su concordancia con la tesis del prócer argentino en lo que a ciudadanía de españoles en América se refiere. En efecto, el presidente argentino impuso su punto de vista, que en un principio era opuesto de fondón al punto de vista español, y consistía en lo siguiente: “El español radicado en Argentina dejaba de ser español para convertirse en criollo”. Pinzón supo convencerse de que no se trataba de aforismo patriótico pedante, sino de realidad social en el Mundo Nuevo.

Cuando uno estudia de manera minuciosa los detalles de la historia en la precedencia al bombardeo de Valparaíso, se da cuenta de que muchos marinos hispanos reprobaban la política de Madrid. Sin embargo, no fueron siempre los funcionarios oficiales, los cortesanos o capitanes quienes más pronto se americanizaron, sino los colonos, los labradores, los artesanos y obreros diversos en campos y pueblos.

Según Arciniegas, más pronto amó a América el que trajo la primera pareja de cerdos, antes que el portador del real sello, del auto inquisitorial o la bula papal.

Respecto al traje y aspecto de los españoles que se radicaron en América, me ocurrió comentar hace algunos años el caso con el joven dibujante de las obras históricas de Díaz Meza. En esos dibujos los conquistadores y sus damas aparecen vestidos a la usanza cortesana o guerrera de Europa.

—Están bien estos dibujos —le dije—, se ven muy hermosos esos conquistadores y sus damas, pero la verdad histórica es otra. Ninguno vestía

de tal manera; no podían vestir así. Salvo para contadas ceremonias, los conquistadores apenas recordaban a las tierras de donde salieron. Ni en el afeite de sus rostros, ni en la reciedumbre de sus barbas y cabelleras, ni en la grosura de sus miembros y vientres, ni en sus armas o ropajes, se parecían a los peninsulares.

En efecto, basta meditar a medias en los hechos históricos conocidos para comprender que los invasores hispanos se vieron constreñidos a adaptarse a las escaseces, a los períodos largos de ausencia de comunicaciones, al clima, a los productos naturales y al contacto de los indígenas, cuyo poder de resistencia y absorción es notable.

El poncho, los colchonetes fibrosos de vegetales, las mazas de madera, las lanzas de coligüe, los estribos de madera, los pellones de cueros de ovejas y vacunos, reemplazaron a las brillantes armaduras, las tizonas y arzones de antaño. ¡Y qué decir de la soldadesca hispana de Chile! Por algo nos llamaron rotos; esta última palabra es españolísima; Cervantes la usó a menudo.

Poco a poco el español se hizo americano, amó al continente nuevo y criticó de áspera manera las leyes no adecuadas y los nombramientos de personajes no americanos ni familiarizados con la tierra descubierta. Así se gestó la emancipación en carne española.

Respecto a los alimentos, la adaptación siguió un curso paralelo al de costumbres y vestimentas. El maíz constituyó la base de los elementos nutritivos en los neoamericanos. El maíz sagrado de los incas, cuyo cultivo, y es lo más maravilloso en la cultura del mundo antiguo, reemplazó las ollas, paellas, condumios o manjares de la Península.

En el admirable estudio del señor Arciniegas creo encontrar un pequeño error: consiste en la creencia de que los europeos no usan en su cocina "el maíz". En realidad no usan ni consumen en sus mesas "el maíz" europeo. Es preciso anotar que el maíz americano es de otra condición superior. Si el maíz de España constituye alimento de cerdos, de aves de corral u otra clase de seres inferiores, ello proviene de su pésima calidad, su mal gusto y dureza. En cambio, el maíz americano, en cualquiera de las formas en uso para el consumo, es de los manjares más exquisitos al paladar humano.

J.E.B.

Octubre, 1940

LAS MUJERES DE LOS CONQUISTADORES

Los indios acogieron a los españoles pacíficos o perseguidos como amigos. La diferencia de la constitución moral y social de la América del Norte con la nuestra consiste en que la del Norte fue colonizada, y la nuestra conquistada. Los indios fraternizaron y colaboraron con los españoles amigos, pero no con los verdugos ni con los saqueadores. Las pruebas abundan. El engaño y la humillación que sufrirían más tarde los indios en manos de los conquistadores se perciben en la primera carta de Colón a los reyes de España, cuando después de alabar la dulzura de los indios cuenta cómo “por blancas nuevas daban todo cuanto tenían”. “Así todos, hombres como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venían que no quedaba grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso”. Más tarde los engaños, los robos, los raptos de indias y los trabajos forzados cambiaron el amor en odio. En Madrid es corriente todavía la expresión “hacer el indio”, esto es, dejarse uno engañar con ingenuidad. Dicha expresión proviene de la Conquista, así como “vale un Perú”, “oro de Indias” y otras.

El español solo, antes de las depredaciones en masa, era no solamente un huésped de honor en ranchos de indios, sino un modelo. No pocos españoles, en mayor número andaluces, intermedios de blancos y negros, encontraron acomodo entre los indios mediante el amor de las indias. A estos desertores por docenas se deben en mayor parte de lo que creen los historiadores las primeras victorias de los indios sobre las armas castellanas. Cuando llegó Almagro a Chile ya había en este país dos españoles, Calvo Barrientos, en el valle de Aconcagua, y Antón Cerrada, en Conchalí. Calvo Barrientos era de Sevilla, jugador, enamorado y tal vez ladrón. En el Cuzco había sido condenado a la pena de azotes y a perder las orejas. En la prisión de dicha ciudad se hizo amigo y confidente del inca en desgracia, Atahualpa, cuyas órdenes eran obedecidas en todo su imperio, en los tambos y templos. En Colina, donde ahora están los baños, había un templo quechua dedicado al Sol. Atahualpa dio a Calvo Barrientos su insignia imperial, el alkamari, la borla y una malla de metal que le dio fama de inmortal y que no se sacaría ni para dormir. Además de eso Calvo Barrientos obtuvo para compañera una india de doce años, de la que se había enamorado. Tanto Cerrada como Barrientos vivían rodeados de hijas e hijos mestizos.

Cuando desembarcó Hernán Cortés en las costas de México, supo de seis españoles que vivían en buena armonía con los indios de Yucatán. Uno de ellos, Jerónimo Aguilar, se embarcó en una de las naves españolas para

volver a ser soldado del rey. Había otro, un marinero de Palos de Moguer, casado con hermosa india. Se negó a seguir a los de su tierra. Estaba contento con su mujer y sus hijos. No olvidemos la extremada juventud de los conquistadores en la primera etapa. Las indias quedaron seducidas por la presencia de los jóvenes barbudos, de miradas centelleantes; su preferencia por ellos antes que por los indios es un hecho histórico, prolongado en las criollas. Se trata de blanquear y de entrar en el orden europeo. Del otro lado del problema, o encima, el español manifestó mayor simpatía por las indias y por las mestizas que por las mujeres europeas. Era más fácil gobernar y ser gobernados por indias. El caso es que muchas veces repudiaron a las mujeres blancas por su costumbre de tratar con indias. Cortés, como Valdivia, demostró afición indudable por las mestizas o por las españolas mestizadas antes que por su esposa española.

Cortés no hubiera conquistado México tan fácilmente sin la inteligencia silvestre, la agilidad y la magia o sexto sentido de los habitantes del Nuevo Mundo, concentrados para él en la gracia femenina de Malinche, o Marina, su querida ¡Qué opaca, pobre y desesperante por su ausencia de inquietudes y de horizontes debió parecerles a esos jóvenes españoles la vuelta a su Extremadura, dominada ya por el caciquismo, los vedados y la rutina implantados por la ociosa nobleza! Hernán Cortés tuvo seis hijos, entre legítimos y naturales. Además de Marina, tuvo por querida a otra india tabasqueña. En hombres así es casi absurda la esperanza de un acomodo con el hogar a la castellana, normal y dirigido por el ama legítima. La llegada de doña Catalina Suárez, la esposa legítima de Cortés, es un desastre impuesto por las buenas costumbres. El choque final proviene de las pretensiones de doña Catalina para usar de los criados indios sin intervenciones de terceros. Quiere ser el ama a la manera burguesa. Doña Catalina llora con desesperación. ¿Para qué vivirá una? ¡Quiera Dios llevarme de este mundo! La misma noche se escuchan en el palacio de Cuernavaca gritos y golpes. Las criadas y esclavas encuentran a doña Catalina muerta. Ha sido estrangulada por el conquistador. Hagamos un esfuerzo mental para entender que esos hombres ya no podrían ser lo que fueron al salir de España; vivían como sobrecogidos o deslumbrados en los imperios que forjaban donde todo era suyo hasta donde podían abarcar con los ojos para dondequiera los pusieran.

Las indias en ese mundo nuevo les resultaban más equilibradas con su nuevo género de vida, con el clima y con la geografía. Sobre todo, más dóciles y respetuosas. Todavía eran un poco divinos e inmortales en cierto sentido para las naturales de América. No es raro que Valdivia se resistiera a traer a su burguesa del sórdido y terroso pueblo donde él mismo hubiera vuelto a no ser absolutamente nadie.

La historia de la atracción de las indias por los españoles y de éstos por ellas es larga. Pedro de Candia, especie de periodista en la expedición de Pizarro, dice: "Muchos de sus hombres quieren desembarcar en Túmbez. Molina declara que él se quedaría para siempre casado con una docena de indias". Hay indias jóvenes, inalterablemente amables, finas y sonrientes.

Viven sin leyes, como aletargadas. América es la *sieste éternelle du genre humain*. Pájaros maravillosos cruzan por los aires, y hacia todas partes se abren horizontes esperanzados; los ruidos de las aves, de los insectos, de los animalillos y de los cazadores se conciertan en melodías encantadoras. En las diversas regiones las indias sirven de intérpretes y de aliadas. Hernando de Soto, en 1539, al pasar por los terrenos pantanosos de Everglades, encontró a un indio desnudo, tatuado, con plumas en la cabeza. Se llamaba Juan Ortiz y era sevillano como Barrientos. Había pertenecido a la tropa de Pánfilo de Narváez en la Florida. Prisionero de los indios, debió la vida a las muchachas indias. Según dijeron, era "demasiado joven y hermoso para perecer". Se casó con la hija del cacique.

El viaje de Alonso de Monroy al Perú, excitante como película de cowboys, nos brinda nuevos aspectos. Cerca de Copiapó la expedición de Monroy sufrió el ataque de los indios; perecieron los españoles, menos Monroy y Miranda, que fueron conducidos prisioneros delante del cacique. Vivía entre los indios un desertor español llamado Francisco Gasco. Una india se interesó por los prisioneros y les salvó la vida. Gasco tenía hijos mestizos de india (1541).

A Valdivia se le conocieron tres o más concubinas, entre otras Inés Suárez, María Encío y Juana Jiménez. Los inventores de blasones procuran darles origen nobiliario a las tres. Hay datos para creer que María Encío fuera mestiza o mulata. Inés Suárez provenía de Tierra Firme y no hay datos precisos respecto de su origen. Valdivia era enemigo de los nobles, jugador y mujeriego. En Andacollo, 1554, el andaluz Andrés de Alcántara Cepeda tuvo hijos de la india Taliguina.

Don Alonso de Ojeda, conquistador a las órdenes de Colón, tuvo por concubina a una india llamada por él Isabel. Murió en Santo Domingo, dejando algunos hijos de ella. Lo enterraron, y en su tumba la india amiga se recostó para no levantarse; los frailes la encontraron abrazada a la piedra sepulcral: muerta.

Pizarro tuvo en Angelina, hija de Atahualpa, un niño a quien se bautizó con el nombre de Francisco. En doña Inés Huaylas o Yupanqui, hija de Manco Cápac, una niña. Nunca quiso casarse. Por real cédula los hijos de Pizarro fueron declarados legítimos. Pizarro era plebeyo y ahora los genealo-

gistas, inventores de abolengos, le han pintado escudo de oro con piñas, lobos empinantes y pizarras en trono (Ricardo Palma).

Según Encina, fue una india la mujer que salvó la vida de don Alonso de Ercilla, cuando imploró la piedad de don García Hurtado de Mendoza. A dicha india debemos el milagro llamado *La Araucana*. En el proceso que se instruyó a don García en Lima, en 1561, hay dos cargos interesantes para esta relación. Uno: había escrito de su letra que valía más gobernarse por una india que por una p... soberbia. El historiador don Miguel Luis Amunátegui agrega: ¿Lo diría por Inés Suárez o por María Encío? El cargo 147 dice que don García se gobernaba por una india.

En 1601 el mestizo de español y de india Lorenzo Baquero, natural de Quito, y resentido por malas palabras y maltrato, se sublevó con setecientos indios contra los españoles en Osorno y los derrotó. En 1620 el alférez Diego Ruiz de la Ribera, de 16 años, casó con la hija de un cacique por consejo de su capitán.

En 1600, Quiñones calculaba en sesenta el número de soldados españoles que se habían pasado a los indios. El clérigo don Juan Barba se enamoró de una india, desertó y se convirtió en director de indios (Encina). Jerónimo Bello y Juan Sánchez, españoles, cayeron en 1600 con cuatro mil indios sobre Valdivia. Estos españoles eran resentidos. La palabra resentido tendrá más tarde un significado incalculable. Comenzaban las luchas de castas, las personas se miraban de manera inquisitiva concediendo creciente importancia al aspecto físico y al cutis. Las mestizas más blancas se creían superiores, más decentes, y se daban importancia. Les agradaba rodearse de criadas y de esclavas. A los hombres aficionados a las indias, a las mulatas y a las mestizas muy marcadas, les llamaron *chineros*, nombre expresivo que hasta hoy se conserva y es un antídoto defensivo de las mujeres de la clase alta. María Encío se hizo llamar la atención de la Audiencia por andar trayendo amuletos que tenían la virtud de devolverle el cariño del marido, abuelo de la Quintrala, y apartarle de las indias. Don Gonzalo de los Ríos se adivina como precursor de los *chineros* en Chile. Se decía que el hombre que probaba india no podía en lo sucesivo gustar de blanca; quedaba como embrujado.

J.E.B.

Julio, 1949

REVOLUCION DE LA HISTORIA

Nos levantamos con papeles en las manos: los diarios. Las mesas están cubiertas de cuadernos de niños. Papeles y más papeles impresos. Nos preguntan si hemos leído el último libro. Recibimos folletos de aquí, de Europa y de todas partes. El retrato del ilustre Medina aparece entre montones de títulos de papeles. En los anaqueles los veinte tomos anotados del señor Encina. A las doce aparecen los diarios de la tarde. Más papeles, más noticias y comentarios en papeles y papeles. Periódicos multicolores en los quioscos y siempre montañas de papeles, satinados, corrientes, gruesos, toscos, de hilo, de Canadá, de Noruega, de Puente Alto. Papeles y más papeles. Es la época del papel. Todo el mundo lee; hay diarios pegados en las vitrinas de las tiendas. En el restaurante entra un hombre que vende libros. Yo pienso que leí demasiado. Antes viajaba y vivía; ahora leo y vivo poco. Estoy transformándome en libro. Veo libros en montones, en batallones o por el suelo, como cadáveres después del combate. En casa todo es archivo. Abro un mueble de comedor, de esos que en otras partes encierran licores o conservas y no hay otra cosa que carpetas con papeles. En mi habitación, donde acostumbran poner camisas, chalecos y pantalones, más carpetas; todo es fichero. ¿Y para qué? Se trata de una manía, de un antiguo espíritu comercial, de coleccionista de bonos, de billetes, de cobre o de oro, que se transformó en pequeño enciclopedista o cazador de fichas. En mi niñez coleccionaba soldados de plomo y sellos. A veces pierdo una ficha y grito: ¿Dónde pusieron al rey Farouk? ¿Dónde metieron la NU que estaba en esta mesa? Solamente yo entiendo el desorden de esta enorme mesa cubierta de papeles. Quedaré sepultado bajo montañas de papeles. ¿He ganado algo con la lectura de tanto papel? Sí. He ganado como el niño cuando descubre la dulce superchería de los juguetes pascuales y dice: ya no me la pegan. Ya conozco la verdad. He leído a Madariaga, al doctor Marañón y a Américo Castro. El primero de ellos, Madariaga, traducido a diversos idiomas es enemigo de nosotros los americanos del Sur, en sus obras el *Cuadro histórico de las Indias y Bolívar*. Es un cripto racista como el florentino Papini. Ha transformado a Bolívar en un esperpento. El sabio venezolano Lecuna, indignado por el irrespetuoso libro sobre Bolívar, ha dicho: "Toda su obra revela odio y desprecio por estos países". Es verdad, pero ¡cuántos europeos nos desprecian *tout en ayant l'air de nous aimer!* (fingiendo querernos). El desprecio de Madariaga es de origen hegeliano y me parece gravísimo síntoma para cuando Alemania se quite la máscara de democracia y vuelva a

ser el eje, o centro de Europa. Por desgracia, las obras de Madariaga, fabricadas al borde de archivos británicos y castellanos, son universales. Su obra es parte de la revolución o revisión de la historia. Después de leer el *Colón*, de Madariaga, más otras obras y recortes, entre mis montones de fichas y libros, puedo escribir de un tirón novedades despampanantes como éstas: Colón era converso. Fue corsario y tal vez negrero. El asunto del empeño de las joyas de la buena reina Isabel es una fábula. Las joyas se encontraban en Valencia, empeñadas ya, o en *pendora*. Dio parte del dinero para la expedición fray Luis de Santángel, escribano del rey don Fernando. Fray Hernando Talavera se opuso. Según él, era Colón un especulador, delirante y charlatán. Le defendieron fray Juan Pérez y tres conversos, Deza, Cabrero y Santángel. El descubrimiento de América no tuvo lugar un 12 de octubre de 1492, sino un 21. Esto significa que en tal día como hoy, hace 460 años, Colón seguía cabalgando en el lomo de los mares. El error proviene de la diferencia del calendario de entonces, que fue reformado 90 años después de la muerte de Colón.

El primero que gritó tierra no fue Rodrigo de Triana, sino Juan Rodríguez Bermejo, de la *Pinta*. El premio que habían ofrecido los reyes, de diez mil maravedís al primero que viera tierra, lo guardó para sí Colón, alegando que él fue el primero. Este hecho le enajenó las simpatías de los marineros. Juan Rodríguez Bermejo terminó sus días en Marruecos, fuera de la fe de Cristo, lo cual nos permite suponer que fuera converso. La carabela conocida con el nombre de *Santa María* tuvo un origen alegre y se llamó *La Gallega* o *Marigalante*. "Estos nombres, según Madariaga, más proceden de marineros alegres que de castos Quijotes". El tono preparatorio de la expedición fue una aventura alegre y viril. Colón puso nombres católicos a las ínsulas que descubrió. En algunas borró los evocadores nombres indígenas, como Isla de los Colibríes, a la que puso Trinidad. Se discute si a Santo Domingo le puso así porque llegó en domingo o porque su padre se llamaba Domingo. "El actual presidente de Santo Domingo resolvió la cuestión poniéndole su nombre en honor a sí mismo: Ciudad Trujillo". Estas pruebas de vanidad suramericana ayudan a la obra antisuramericana de los escritores europeos. Colón se hizo caballero en España; creía en el poder de la continencia y de las oraciones. Su codicia de oro provenía de su origen. En su *Carta* a los reyes, en que les notifica cuánto le ha acontecido en su viaje, puso 26 veces la palabra oro, amén de perlas y piedras preciosas. Tremendo es recordar que los indios, antes de que les quitaran sus mujeres y su oro, eran bondadosos y hospitalarios. En el acto de la varadura y pérdida de la *Santa María* lloraron de dolor y ayudaron a salvar lo que se pudo "sin faltar una agujeta". La hazaña del descubrimiento fue

española y después de Colón, o antes según Blasco Ibáñez, está Alonso Pinzón, primera gota del torrente de sangre española que nos bulle con soberbia y orgullo.

Después de leer las historias nuevas, de Castro, de Madariaga y, sobre todo, de Marañón, uno se restriega los ojos. Es como despertar de un sueño agradable a la realidad. Dijo Manrique: *Quien durmiendo tanto gana nunca debe despertar*. Hay quienes se empeñan en alterar los personajes históricos para embellecerlos; otros, para envilecerlos. En honor de los escritores españoles que me ocupan digo que buscan solamente la verdad, o *su verdad*. Son honestos. Lo que ocurre es que la historia tiene muchas caras, como diversidad de tipos pusieron los pintores y escultores a la reina Isabel y a Colón. Entre miles no hay dos retratos o esculturas que se parezcan ni remotamente. Para la imaginación de un niño es mejor que la reina Isabel sea invariablemente la del cromo para caja de chocolates que publicó Zig-Zag hace dos años.

El doctor Marañón es de esos sorprendentes casos en las letras universales en que el escritor sobrepasa la medida y desorienta al clasificador. Es de todo y de manera óptima. Un español, de ascendencia mora, sin el tipo barbudo del antiguo sabio, con apariencias de atleta y de señorito, es raro. En Madrid los resentidos lo llamaron "el capricho de las damas". *Enfant gaté* de la naturaleza, con cierta petulancia de torero, permanece español hasta la médula, no obstante las inflaciones británicas y germánicas. Se hace retratar como campeón de natación en el mar y de tenis en su finca. Es el neoespañol que a los 63 años trabaja 14 horas diarias y se ríe de la antigua hidrofobia castellana, condensada en el refrán: "de cuarenta para arriba no te mojes la barriga". Así se libra de sucumbir ahogado en papeles impresos. Ha escrito más de dos mil monografías y treinta libros. Su obra *Antonio Pérez*, entretenida como novela y a la vez reveladora de un trabajo abrumador, es una valiosa prueba del esfuerzo universal para revisar la historia. En Madrid el doctor Marañón declaró al cubano Yanes: "Esa historia que nos enseñaron; esa que escuchamos en escuelas y academias, todo eso es una comedia. Hay que rehacer la historia y buscar otros caminos y uno de ellos, el más importante, es el de la biología".

J.E.B.

La Nación, 16 de octubre de 1952.

ESPLENDOR Y DECADENCIA

“El mayor esplendor de España se logró mediante la unidad, la rigidez de sus cuadros directores, el respeto a las tradiciones y la aplicación de sanciones judiciales severísimas. Terminó esta grandeza cuando aumentó a los servidores públicos hasta hacerlos más grandes que el Estado. Si el personal directivo de un país se engrandece más que lo dirigido, se produce el desequilibrio y la decadencia”.

Fiesta de la Raza, en *La Nación*,
Santiago, 12 de octubre de 1955.

“Nos salvó España inventándonos. Vea usted: primero, nos convirtió en personajes de epopeya, sí, con mayúsculas, como si fuésemos aqueos o troyanos, mediante las octavas reales de Alonso de Ercilla y Zúñiga. Insufló dinero en el territorio, mediante la ayuda del Real Situado, un torniquete que evitaba la sangría de la guerra de Arauco. Nos dio una cultura, librándonos del lamento del araucano, del “apequenamiento” de un “¡sí, ay, ay, ay!” perpetuo, con acompañamiento de chivateo y trutruca y saludos de chicha. Además, cambió los discursos larguísimos de los caciques, que eran los antepasados de esa salivación nacional constante llamada discursos. Sin España, es cierto, nos habríamos librado del peso feroz e indeseable de la Inquisición y de la voracidad económica del encomendero, pero aún estaríamos gritando en las malocas y devorando tierra de la Araucanía, sin otro camino que la pista jabonosa de la tierra roja y violenta, greda pura, y viviendo del parasitismo, como el quintral del buen árbol al que succiona y mata”.

En conversación con el autor de esta selección,
Santiago, 24 de mayo de 1967, 11.30 horas.

“El español no experimentó la necesidad de hacerse euforias artificiales. La epopeya de la Conquista demuestra su ausencia de nervios, o el dominio absoluto de éstos. El español del siglo xvi desconoció el espanto espiritual

del panorama astronómico. No lo vio. Su espíritu se había quedado en Castilla”.

Viajeros españoles, en *La Nación*,
Santiago, 3 de febrero de 1943.

“El matriarcado latente es un hecho en las clases altas del país, en las que no hay temor de ocultar quién manda (el hombre de las clases populares experimenta terror si sus amigos llegan a sospechar que la mujer manda. Eso es un golpe mortal a la virilidad y equivale a una castración). No fue el araucano quien nos legó esta forma de dirigir sin alardes: ello es virtud española. Los actos de Inés Suárez (sin el “de” que le ha puesto la siutiquería) cuando degüella por su mano a los caciques en el asalto de Santiago por los indios es el primer gesto auténtico de participación femenina que sirve para enrostrar la tibieza del macho”.

(En conversación con el autor de esta selección,
Santiago, 8 de noviembre de 1966, 10.45 A.M.).

“En nuestro país, las expresiones demoledoras, alusivas a las personas y a las costumbres de origen extremeño, indio y mulato, provienen de las damas vascongadas descendientes de los comerciantes vizcaínos. Son duras y penetrantes como hierros de Vizcaya”.

(*Crónicas mirandinas*. En *La Nación*,
Santiago, 21 de marzo de 1950).

“Valdivia escapó del Perú para declararse solo, sin amos. Odiaba a la gente letrada y tal vez a los hombres de títulos. Quiso ser cabeza. Previó posiblemente la anarquía en Lima, ciudad infestada de intrigantes, de leguleyos y de cobistas (pateros). El gesto de Valdivia se ha prolongado como su sombra desde el Huelén. Le agradaban el buen vino y la buena vida, sin dejar de ser un pecho de hierro y un durísimo invasor... Se puso un poco rechoncho. No le agradaban las ceremonias. Vivía amancebado. Era generoso y mantenía una disciplina tremenda. Perteneció al ejército más famoso de Europa: el

castellano de Carlos V. La disciplina de este ejército derivaba de la escuela de los caballeros, la que Cervantes engrandeció en el Quijote, so capa de burla. El caballero, el desfacedor de entuertos, el que se adivina en el prólogo del *Libro de los Ejemplos del Conde Lucanor*. El conquistador español era una mezcla de caballero, de santo y de estoico. El de la primera época. La fuerza avasalladora de España en Europa de los Reyes Católicos hasta Felipe II provino de la escuela del honor caballeresco... El ejército de Carlos V se componía de alemanes, flamencos, españoles e italianos. Los alemanes y los italianos formaban las alas. La irresistible infantería castellana, terror de Europa, era la punta de lanza. Iba al frente.

En el sitio de Argel, Hernán Cortés pidió al rey que le dejara atacar, no obstante el desastre de la flota... La euforia americana poco a poco desintegró a los conquistadores. Cuando llegaron, parecían figuras pintadas por el Greco. Más tarde parecerían ellos y sus descendientes, figuras pintadas por Caran D'Ache en algún libro de Rabelais. Se volvían rechonchos y glotonés... La Quintrala es el modelo de millones de chilenas: fue la Conquistadora. Haya justicia para ella".

La Quintrala y Valdivia. En *Crónicas del tiempo viejo* (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1976).

"Santiago era poco más que tambo, esto es, pasajera estación de conquistadores y soldados. La guerra de la Frontera tragaba los ducados del Situado y tragaba los "guzmanes" de Lima. Las mujeres quedaban solas en sus casas de las poblaciones o en sus ranchos campestres, circundadas por peligros que ahora serían inimaginables para miles de lectores. La corrupción en el grueso del ejército, compuesto por yanaconas, cholos, indios chilenos y zambos, era indescriptible. Tras de esas tropas de dudosa moral seguían turbas de mujerzuelas llamadas *rabonas*. Por primera vez en la historia de las Indias los conquistadores sufrían derrotas absolutas. La guerra solía ser el negocio de los chupópteros, los primeros *palos gruesos* nacionales, mediante negociados en la distribución de los alimentos, el vestuario y demás para la tropa. La mitad del presupuesto (Situado), de cien mil ducados, quedaba en manos de los proveedores, en Lima, en Potosí, en Santiago y en Penco... En el Perú se hizo corriente un dicho: *¡Guárdate que te mandarán a Chile!* Los conquistadores residían de preferencia en el Sur, y los habitantes de Santiago, en su mayoría frailes, viudas, monjas, niños y esclavos, no hubieran sabido decir cuál era mayor desgracia, si la llegada de la soldadesca vacante de la Frontera

o un malón de indios. En el Nuevo Mundo los españoles, cuando no empleaban sus energías en el combate, enmohecían como sus tizonas, se tornaban flojos, enervados y viciosos. En cambio, las mujeres, a la inversa, se endurecían. La mujer sola, entre los críos y la servidumbre negra o india, se convirtió en marido, en padre y madre a la vez. Los indígenas conocían los secretos de la tierra mejor que los blancos y los mestizos; se entendían entre ellos mediante misteriosas señas. De pronto, sin causas aparentes, desertaban para no regresar nunca, llevándose enseres, armas y alimentos, en las carretas. En una de sus primeras ordenanzas, Valdivia dispuso que serían cortadas las manos del que fuera sorprendido en el acto de arrojar piedras o flechas a las yeguas... Agreguemos al cuadro antedicho las inundaciones, las pestes, los temblores de la tierra y los raptos de mujeres blancas. Entonces podremos comenzar a entender algo”.

(La Quintrala o Tiempo sin Hombres. En La Nación, Santiago, reproducido en Crónicas del tiempo viejo).

“A veces pierdo la fe en América, y la veo sólo como una errata, el gazapo de un escritor que metió la pata. El bochinche sudamericano me parece un fruto del mal uso del legado español. En momentos como éstos, tengo el rostro de un cogotero, el ánimo de un fullero, la presunción de un Gran Cacao que aspira a ennoblecerse arrancando de un árbol familiar español, sin derecho alguno, un linaje. Y en seguida, me calmo, y pienso en lo mejor de España, la gente, la zarzuela, la generosidad”.

(De viva voz, Santiago, 2 de junio de 1965).

BAROJA Y MADARIAGA

Baroja nos entretuvo bastante. Estoy seguro de que contó más lectores aquí que en España. Chile es el país menos parecido a la América meridional imaginada por él, o Continente Estúpido. Los españoles viajeros, los comerciantes y los diplomáticos reconocen la óptima calidad del chileno, sobre todo, nuestra menor cantidad de cursilería.

En Baroja, como en miles de españoles, se nota el desprecio natural

hacia el *americanito* cetrino, casi siempre condecorado, que en llegando a Madrid se dirige al Rey de Armas, especialista en la rebusca de ascendencias nobles y en descubrimiento de escudos de familia, falsos en el noventa por ciento de los casos. A esos americanos el ilustre autor de *La Casa de Aizgorri* no les tuvo piedad. Es raro cuando deja pasar la ocasión para zarandearlos. La actitud de Baroja es solamente más franca que en otros. El español comparte con nosotros un fenómeno curioso que he llamado "el desprecio a nosotros mismos". La admiración que experimenta por la gente nórdica, rubia, de ojos azules o verdes y de elevada estatura, comprueba la poca estima personal o *self confidence* que padece.

Pude echar de ver en Madrid el desprecio que sienten no pocas personas por la gente agitanada o de tipo semítico, pequeña y de color moreno. Recuerdo a una señorita de Pozuelo, hija de un comerciante en catres llamado Pinillos, que me dijo: "A mí me gusta el americano del Norte, no el del Sur, parecido al andaluz y al indio". Luego agregó: "Usted no es americano del Sur, por cuanto yo conozco algunos, y son crespos y negritos".

Augusto D'Halmar, un joven Condon, hijo de inglés, y yo frecuentábamos en Madrid a un celebrado autor catalán, pequeño y con tipo de Ghetto. Este amigo nos dijo en cierta ocasión: "Ustedes los chilenos parecen nórdicos. Yo hago una diferencia entre ustedes y los otros americanos. No me negarán que algunos de esos chiquitillos y crespos que llegan al Café de Pombo parecen macacos. Son semipersonas".

Después de conocer aspectos como éstos en los escritores españoles, no era raro que muchos americanos en Madrid quieran darse aires cosmopolitas y aun tomen la precaución de negar su nacionalidad. Es bastante triste, pero he conocido el caso de criollos de repúblicas menores que ocultaban su nacionalidad.

El español ha sido duro en extremo para juzgarnos, lo mismo en la Corte, en la literatura y en las relaciones políticas. En Madrid se dice todavía "hacer el indio". A los generales de la Independencia los llaman Ayacuchos y a los de Cuba "de cuchara". Ningún soberano de sangre castellana vino jamás a América; en cambio vinieron de Inglaterra, de Italia y de Alemania. El marqués de Viana, amigo y alto cortesano de Alfonso XIII, huía de palacio cuando había diplomáticos sudamericanos. No quiso conocer nunca un criollo. El Rey decía: "Conozco solamente los americanos que no puedo evitar". Cuando Garrido Merino anunció la muerte de Blasco Ibáñez en la tertulia de Valle Inclán, éste le increpó: "Señor americanito, ezo no ez verdá; ez un reclamo". Ni Pérez de Ayala, ni Ortega y Gasset ni Madariaga nos estiman. Les interesa América a causa de las huellas hispanas que les hacen

sentirse superiores y les halagan la vanidad, siempre que contribuyamos a dicho halago de manera casi servil.

El famoso descendiente de Cristóbal Colón, duque de Veragua, tenía tanto de navegante como yo de astrónomo. Nunca se interesó por América, sino para vender en dólares las reliquias de un antepasado que se hubiera burlado de él.

He vivido en España casi como español, y un poco a lo gringo. Aseguro que jamás podría presentarme delante de Baroja o de Salvador de Madariaga, por pudor. Me imagino todo lo que pasará por sus mentes al encontrarse en presencia de estos descendientes de los "donjulianes", nombre que puso Madariaga a nuestros libertadores, aparte del de "mendigos de la libertad".

El intelectual español ha revelado incapacidad para ver la parte subconsciente de la vida americana, esa parte que está más cerca de la otra vida, cuya belleza esotérica descubrieron Keyserling, Maine Reid, D.H. Lawrence y el mixto de inglés y de americano, Hudson. Los españoles dan palos.

Ingleses, alemanes o franceses se interesan en nuestra incalculable sensibilidad virginal.

Cuando terminé la lectura de ese libro tan cruel como interesante, llamado *Cuadro Histórico de las Indias*, permanecí largo rato exhausto y caído. Se trata de más de mil páginas seductoras y a la vez abrumadoras, a manera de entrenamiento indispensable para tentar ulteriores pruebas de resistencia intelectual. Después de leerlo abrí una ventana para respirar esta euforia americana que solamente los intelectuales españoles no han sabido amar nunca, y me puse a pensar en la apariencia misma del autor, aguileño y seco, noblemente devastado su cuerpo en las vigiliass literarias. Madariaga me parece el arquetipo del intelectual español, antítesis del escritor americano, que es una dosificación del escritor y del *cowboy*, así se llame Whitman, Dreiser, Menken, London, Güiraldes, Latorre o Santiván.

Comprender a nuestra América es el primer paso para amarla. Los conquistadores, antiintelectuales como buenos soldados que fueron, amaron estas tierras a tal punto que ninguno quiso salir de ellas. Cortés pidió que le enterraran en México; Valdivia odiaba los títulos de nobleza y los papeles o pergaminos oficiales. Después de un desastre militar, Pizarro resolvió continuar o perecer; todo, menos regresar a la Península; Molina, en Tumbes, declaró que se quedaría casado con una docena de nativas...

España se define en multitud de separatismos, escalonados y prolifera-dos, en lo histórico, en lo geográfico, en lo político, en lo comercial, en lo social, en lo ideológico; el escritor separado del militar, pero no separado así no más, sino mostrándose los dientes; el taurófilo, separado del futbolista. Se ha dicho de los ingleses que cada uno es una isla en la gran isla. Pido

permiso al más anglófilo de los españoles, a Madariaga mismo, para que me diga si acaso el aforismo no se ajustaría mejor a los españoles. Individual es el inglés, y sabe respetar el centímetro que le separa del vecino en el tranvía, en el teatro, en el restaurante y en la calle; sin embargo, esos individualistas ultrancieros sabrán juntarse en un solo bloque nacional si así lo mandara el Gobierno de Su Majestad.

La primera etapa del español en América es dura e inmisericorde. Por desgracia, los conferenciantes no pasan de dicha etapa. La segunda etapa es de comprensión y la tercera de amor. Símbolo de lo dicho: Las Casas, comenzó en conquistador, siguió en encomendero y terminó en Santo Padre del indigenismo. La tienda española hace más amigos que la literatura.

J.E.B.

La Nación, noviembre de 1946.

